

Desafío ta cólera insensata! Desde que el hijo mio está en la huesa...

Al campo de Sidon tocóle el turno. Este tiróse al suelo de rodillas Y se puso á gritar: "Dios de mis padres..."

Pero como el Señor cuando le ruegan Por el vil interés, redobla su ira...

ANTONIO GOMEZ RESTREPO, Colombiano.

EL TROVADOR.

Cuando estaba muy en boga el bellísimo drama de García Gutiérrez que ha dado renombre á su autor é inspirado á Verdi muchos de sus mejores trozos de músicas...

Hombre, le contestó el alcalde: le digo que él podía hacer algunos entremeses para instruir, deleitándolos, á los vecinos.

Bueno, eso no importa. Tiene vd. el teatro á su disposición para que nos dé á conocer esa maravilla.

Efectivamente, dos días despues el pueblo todo se agolpaba á la puerta del exiguo coliseo, sacudiéndose mojoncos entre sí para ganar la entrada...

Restablecido el orden y una vez en su olivo cada mochuelo, descorrióse la mejor colcha de la alcaldesa...

Demasiado la creí miétras tierna me halagaba y páfida, me engañaba. Qué necio, qué necio fall!

Y aquí llegando, presentóse un sirviente con una carta, y entregándosela á Manrique, púsose éste á leerla en alta voz:

Me han dicho que estás celoso, y á fé que es buena fortuna, con ese conde de Luna que viene haciéndome el oso.

que eras tú: con voz pausada cantar una trova ó. Era tu voz, tu laud, era el canto seductor de un amante Trovador...

Entónces, Manrique, sacando un tintero del bolsillo, escribió, dictando: Pues corriendo, ya no dudo, concluya aquí la cuestión: no quiero que con razon me aconseje de testarudo.

Y llamando al sirviente, que al entrar e entregó otra carta, díjole que llevase aquel papellito á su amada Leonor. La otra carta decía:

Manrique púsose como una fariá al leer las razones precedentes, y sacando de nuevo su tintero, escribió, trémulo de ira:

Al campo, D. Nuño, voy, donde probaros espero que si vos sois caballero... caballero también soy.

Y volvió á llamar al sirviente y le dijo que volando fuese á llevar aquel papellito al conde de Luna, porque si se tardaba en hacerlo, le iba á reventar un ojo.

El sirviente echó á correr como un gamo, la colcha de la alcaldesa volvió á correrse y el público empezó á decir que García Gutiérrez era cualquier cosa.

Pasados quince minutos, volvió á desaparecer la colcha y á aparecer Manrique en el escenario, diciendo:

Este es el convento, sí, Ruiz lo dice, aquí lo veo, (mirando un Mas, que le enganaron ceco; papel.) pero él dice que es aquí.

Nuevas falsas de mi muerte en los campos de Veilla corrieron, cuando en Castilla yo estaba pícaro suertel Perseguirónla inhumanos que envidiaban nuestro amor...

El sirviente llega con otra carta. Manrique la lee para sí y dice luego:

Siempre el de Luna ¡qué pillol! que yo le zurra deese; pero no, que no me vea... mala peste...! Me las guillo.

Y volvióse á correr la colcha; pero esta vez ya el pueblo empezaba á dar señales de desagrado, dejando escapar algunos silbidos.

El alcalde, que aunque vestía de lana, no era borrego, abandonó la silla presidencial, y sin que nadie lo notase, ocultóse entre dos de los bastidores del escenario.

Pasados otros quince minutos, empezaba ya la colcha á plegarse y á dejarse ver la figura del Trovador, cuando el alcalde, deteniéndose por un brazo al sirviente que daba el primer paso hácia la escena, preguntóle:

—Oye, tú: ¿qué es lo que llevas ahí? —Es una carta de la gitana Azucena para su hijo.

—Ea, pues, se acabaron las cartas: lárgate á los infiernos, si no quieres que yo te arrime donde tú sabes la punta del plé.

La concurrencia, que algo había adivinado de lo que pasaba entre bastidores, empezó á rebullirse en son de pronunciamiento y á dar gritos y silbidos desaforados.

repitió el Trovador dos ó tres veces, y enterado al cabo de lo que había dicho el alcalde á su sirviente, dió un paso hácia las candelillas y exclamó:

—Respetable público: la faneion no puede continuar porque el Sr. Alcalde me ha interceptado la correspondencia.

JOSÉ MUÑOZ Y GARCÍA.

QUIEN SABE!

El alma es inmortal; de un sol eterno tiene la pura inextinguible llama; y, sin embargo, hay vivos que son tumba del cadáver de un alma.

La forma muere; como sol de un día, nace, fulgura, palidece y pase; y, sin embargo, hay formas que, aunque mudas, de eternidad nos hablan.

Cómo puede morir lo que es eterno? ¿Cómo es eterno lo que al fin acaba? ¡Ay!... Acaso lo absurdo y lo imposible no son más que palabras.

PEDRO MARÍA BARRERA.

ANTE MIS LIBROS.

(CON MI ESPOSA.) ¡Oh mudos, pero sabios compañeros, que de pié demorais, y pensativos La gloria de los muertos y los vivos Fijais y de ella sois particioneros!

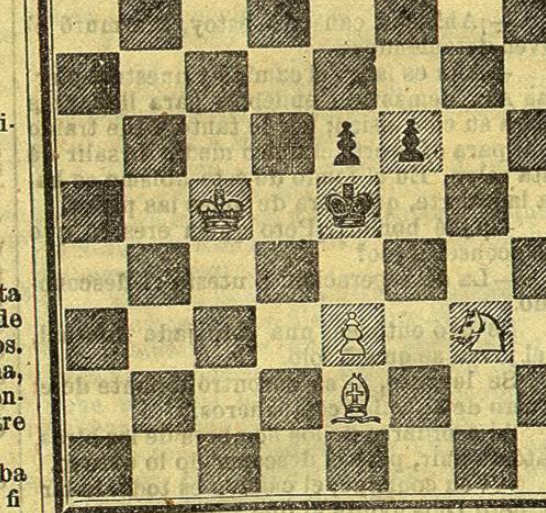
Los hermanos y al par los consejeros De mi alma sois, y cuando el sol lascivos Sus rayos hunde, instantes seductivos Hurto al descanso y siéntome á leerlos.

¡Oh, como es dicha sosegada y pura, Cuando sueña el infante á nuestro lado, En el silencio y soledad segura Las páginas volver de un libro amado, Y salpicar de besos la lectura Y el presente, de sueños del pasado!

Bogotá: 1898. ENRIQUE W. FERNÁNDEZ.

PROBLEMA DE AJEDREZ

M. HERRERA. Negras



Blancas. — Salen las Blancas y dan mate en 3 movimientos. Solucion del problema publicado el domingo pasado. 1. A b 4 — R h 4 — S. A e 1 — P h 5 — S. P f h 4 ♣.

—Una variante.



Tomo III. México, Domingo 31 de Diciembre de 1898. Núm. 128

ANGELINA.

NOVELA POR DON RAFAEL DELGADO.

(ESCRITA PARA "EL TIEMPO.")

(CONCLUYE.)

LIX. El día dos, al caer la tarde, llegó Mauricio. Me trajo una carta de tía Pepilla: 'Ta madrina sigue bien. Don Orisanto me dijo ayer que ya pasó el peligro; pero que el estado de Carmen no es bueno. Me ofreció venir á verla cada tres días...'

'Bendita sea la Santísima Virgen que nos ha sacado con bien! Los ramilletes salieron lindísimos, y ya están en el altar. Se llevaron de avíos más de cinco pesos, pero, eso sí, son de papel muy fino. No han escrito de San Sebastián, ni Angelina ni el Padre; será porque han tenido mucho á que atender con las fiestas de Semana Santa. Ahora tienen huéspedes: Castro Pérez anda por allá con motivo de que fué á dar posesión de unos terrenos á don Pedro Amador, uno de los ricos de por allá...'

Esta carta de la tía me devolvió la tranquilidad. Todo quedaba explicado. Angelina no había escrito por los quehaceres de la Semana Santa y por los huéspedes. Pero escribiría, si, escribiría. De seguro que al llegar á Villavieja tendría yo carta de Linilla, y acaso dentro de pocas semanas vendría el Padre y con él Angelina.

D'spués de la cena, luego que los empleados se retiraron á sus habitaciones, me fui á la sala, abrí el balcón, y sentado en una mecedora, gozando del fresco de la noche, una hermosa noche de luna, me puse á pensar en Linilla. Si, si; ella sería la dulce compañera de mi vida! Me la imaginaba yo vestida de blanco, cubierta con vaporoso velo, coronada de azahares, tímida, sonrojada, trémula, radiante de alegría; ya me parecía-verla á mi lado, de rodillas delante del altar!

Por el balcón, abierto de par en par, llegaban hasta mí, en alas de la brisa, los ramos del río, el susurro de los árboles, el zumbido de los insectos, el silbido de los reptiles, la voz vibrante de alado trovador. Delante de mí se abría dilatada calle de árboles; la luz de la luna pasaba á través del follaje y dibujaba en la arena blanquecina círculos vagarosos;

lita. 'De veras que la muchacha es hermosa! Me dijeron que el día cinco vendrás á la fiesta. Nosotras estamos contando las horas. Carmen te manda un abrazo, y también Juana y Andrés.'

'Sabes cuánto te quiere tu tía María Josefa.'

MARIA JOSEFA.

En los vecinos naranjales se abrían las últimas flores... 'Hermosa noche! Qué dulcemente que susurraban los vientos! Pero ¡ay! qué solitaria y triste me pareció la sala... Estaba fría como una tumba, desolada como una alcoba de la cual han sacado un cadáver. El piano mudo, los pinceles olvidados; las rosas, pálidas y desfallcidas, se inclinaban al borde del rico tazón de Sevres, y cuando el viento las movía dejaban caer, uno á uno, sus pétalos marchitos. Aún quedaba en el aposento el aroma de los vestidos de Gabriela... El rumor de las hojas secas que caían en el balcón remendaba el roce de una falda de seda...

Se había ido la hermosa señorita. No vivía para mí, no me amaba, no podía amarme, ¡yay! me había robado el corazón... Pensé muy seriamente en la vida. ¡La vida! Un crepúsculo espléndido que dura unos cuantos minutos, y después... sombras y obscuridad. Todo nos engaña... la fortuna, la gloria, la amistad, el amor. Amamos, queremos ser amados, caemos á los pies de una mujer, y le ofrecemos el corazón, la vida, el alma, y luego, cuando somos correspondidos, cuando la dicha y la felicidad nos sonrían, olvidamos nuestras promesas más sinceras, nuestros juramentos más sagrados.

Me sentí desalentado y triste; comprendí que aquel amor que poco á poco iba apoderándose de mi alma era un delirio, una locura, que me arrastraba hacia la ingratitude y la infidelidad.

'Pobre niña desgraciada, huérfana víctima del infortunio! Me amaba; había escuchado;

asó; en los vecinos naranjales se abrían las últimas flores...

Hermosa noche! Qué dulcemente que susurraban los vientos! Pero ¡ay! qué solitaria y triste me pareció la sala... Estaba fría como una tumba, desolada como una alcoba de la cual han sacado un cadáver. El piano mudo, los pinceles olvidados; las rosas, pálidas y desfallcidas, se inclinaban al borde del rico tazón de Sevres, y cuando el viento las movía dejaban caer, uno á uno, sus pétalos marchitos. Aún quedaba en el aposento el aroma de los vestidos de Gabriela... El rumor de las hojas secas que caían en el balcón remendaba el roce de una falda de seda...

Se había ido la hermosa señorita. No vivía para mí, no me amaba, no podía amarme, ¡yay! me había robado el corazón... Pensé muy seriamente en la vida. ¡La vida! Un crepúsculo espléndido que dura unos cuantos minutos, y después... sombras y obscuridad. Todo nos engaña... la fortuna, la gloria, la amistad, el amor. Amamos, queremos ser amados, caemos á los pies de una mujer, y le ofrecemos el corazón, la vida, el alma, y luego, cuando somos correspondidos, cuando la dicha y la felicidad nos sonrían, olvidamos nuestras promesas más sinceras, nuestros juramentos más sagrados.

Me sentí desalentado y triste; comprendí que aquel amor que poco á poco iba apoderándose de mi alma era un delirio, una locura, que me arrastraba hacia la ingratitude y la infidelidad.

'Pobre niña desgraciada, huérfana víctima del infortunio! Me amaba; había escuchado;